

INTRODUCCIÓN

Paz, desarrollo y sistemas políticos tal es el título de la ponencia que me fue encomendada. A pesar de la obviedad que supone me pareció que los primeros pasos en el análisis que vamos a llevar a cabo durante la próxima hora y media, deberían consistir en situar esta ponencia en el marco teórico en el que se mueven estos cursos de verano organizados por la Universitat Internacional de la pau. Decía que los contornos de este marco teórico eran obvios porque nadie aquí ignora que estos cursos se celebran bajo el título general de África: camins per la pau. A este marco general, hay que añadir el marco específico en el que se sitúa esta ponencia que tiene como título: África y Occident: perspectives de futur. Recordar estos marcos en el que se tiene que mover nuestra ponencia tiene como objetivo compartir con unos y otros el proceso reflexivo que sirvió de vertebración al contenido de esta ponencia. Así, la primera interrogación que nos surgió al espíritu, con el marco general de estos cursos fue la siguiente: ¿Cuáles son los caminos hacia la paz que se presentan a África en la actualidad ante los graves conflictos que padecen varios de los países que la componen? Una cierta precipitación podría hacernos pensar que el título de esta ponencia, paz, desarrollo y sistemas políticos constituía en sí mismo una respuesta a esta pregunta. Porque aforismos como el del Mahatma Gandhi “No hay camino para la paz, la paz es el camino”, o postulados como los de algunos teóricos/políticos que hacen descansar la paz en el desarrollo por una parte y los que hacen del Estado democrático la condición del desarrollo y de la paz, por otra parte, podrían inducirnos a pensar que la paz, el desarrollo y el Estado democrático constituyen las soluciones que se presentan a África para avanzar hacia la paz. Sin embargo nos parece que la cuestión no puede zanjarse con tanta facilidad; y eso por diversas razones. Una de estas razones tiene que ver con los propios conceptos de paz, desarrollo y Estado democrático. La cuestión aquí tiene ver con el sentido que damos a cada uno de estos conceptos. Dicho de otra forma

¿Acaso compartimos el mismo criterio cuando hablamos de paz, desarrollo y Estado democrático? ¿Qué entendemos por paz, desarrollo y Estado democrático? Y situándonos en el marco teórico específico en el que fue puesta esta ponencia, se trataría de saber si de las relaciones entre África y Occidente podrían surgir de aquí en adelante perspectivas de un futuro pacífico para este primer continente. O por el contrario si África tendrá de encontrar sola su camino hacia la paz.

Cabe añadir que los distintos acercamientos a todos estos cuestionamientos correrían el peligro de pecar de inexactitud si no estuvieran situados en el debido marco temporal y a la vez transversal que es el momento en el que nos encontramos actualmente; es decir el umbral del siglo XXI y envueltos, como estamos, en una globalización capitalista neoliberal. Por lo que resumiendo las anteriores interrogaciones, se podría hacer la siguiente pregunta ¿Qué sentido adquieren los conceptos de paz, desarrollo y Estado democrático en estos comienzos del siglo XXI marcados por la globalización capitalista neoliberal?

Estas son pues, sin ánimo de exhaustividad, algunas de las preguntas sobre las que nos gustaría reflexionar en esta ponencia. Quisiéramos a este respecto decir que no disponemos de soluciones perentorias a estas cuestiones, y que más que certezas lo que nos gustaría compartir con unos y otros aquí son dudas.

LA PAZ, DE UNA CONCEPCIÓN UNITARISTA Y UNIVERSALISTA A UNA CONCEPCIÓN PLURAL

Las primeras de estas dudas giran en torno al concepto de paz. ¿Qué es la paz? ¿Acaso tiene el mismo sentido el concepto paz en todos los tiempos y espacios?

George W. Bush, Mahatma Gandhi, Jesús de Nazareth, por no citar que algunos cuando hablaron de paz, se referían todos a la misma realidad? O

dicho de otra forma ¿significa lo mismo la palabra paz en la boca de George Bush hijo, Gandhi y Jesús? ¿Piensan a lo mismo un niño español y un niño congoleño cuando oyen hablar de paz?

La respuesta a todos estos interrogantes desde la óptica unitarista y universalista, sería afirmativa. Desde este enfoque, la paz se entiende a partir de lo que “no es paz”, es decir de la llamada “paz negativa” por los estudiosos de la paz como Johan Galtung. Esta paz, heredada de la pax romana, se entiende como Absentia belli, es decir ausencia de guerra o violencia directa. Sobre esta acepción se construyó toda la infraestructura del Estado moderno. Estado definido como colectividad humana estabilizada en el seno de la cual la coacción está monopolizada. Así concebido y con esta acepción de paz como columna vertebral de sus actuaciones, el Estado moderno pasa a tener como objetivo primordial, el mantenimiento de dicha paz. Lo que significa intentar evitar el estallido de cualquier forma de violencia directa, por todos los medios; y eso sobre todo cuando esta violencia directa va dirigido con las instituciones del mismo Estado. Y para ello, el Estado hará uso de la violencia directa institucional de la que dispone si piensa que ha de hacerlo para mantener el statu quo. Por eso justamente, uno de los dos pilares del Estado según Maquiavelo es el ejército. Ejército cuyo supuesto papel consiste en defender a los ciudadanos pero que en múltiples ocasiones es utilizado para mantener dicha ciudadanía bajo control. Porque según Max Weber, “El Estado como todas las asociaciones políticas que históricamente lo han precedido, es una relación de dominación de hombres sobre hombres, que se sostiene por medio de la violencia legítima”. Violencia a la que los ideólogos del Estado atribuyen la finalidad de acabar con todas las violencias arbitrarias en el marco del territorio estatal. Y para marcar una clara diferencia entre esta violencia directa institucional de la que hace uso el Estado y esas otras formas de violencias directas se utiliza unas apostillas conceptuales como insurgencia, terrorismo o rebelión. Apostillas cuya colocación cambia en consonancia con la evolución de las relaciones de poder. Así, una violencia calificada de insurgente, rebeldía o terrorismo pasa a llamarse violencia legítima cuando los que lo ejercían logran hacerse con el aparato del estado. Dicho de otra forma, la legitimidad o

ilegitimidad de la violencia depende de quien controla el aparato del estado. Y cabe señalar aquí que no importa en absoluto la manera en que se haya logrado este control del aparato del estado (rebeldía, insurrección, golpe de estado, hold up electoral, etc...). Creo que no hace falta recordar aquí que es esta acepción de la paz que prevalece en las relaciones internacionales dado que estas relaciones son hoy día per se relaciones entre Estados y no entre naciones como podría sonar.

Sin embargo, a estudiosos de la paz como Johan Galtung, esta primera acepción del concepto les pareció corta, por lo que decidieron poner una nueva herramienta analítica que llamaron paz positiva. Con esta nueva herramienta analítica, la Paz ya no se entiende sólo como ausencia de guerra o de violencia directa, sino también como ausencia de violencia estructural; con la violencia estructural definida como una situación social que limita la capacidad de desarrollo del individuo. Esta clase de violencia más sutil y menos vistosa – por lo que muchos llegaron hasta dudar de su existencia – tiene uno de sus mejores medio de expresión a través de lo que Maquiavelo definió como el segundo pilar del Estado; es decir el Derecho. Así, mediante sus aparatos legislativo y judicial el Estado logra encorsetar las actuaciones de las poblaciones que le componen a través de la ilegalización de determinados comportamientos y su posterior castigo.

Pero como en un intento por demostrar lo difícil que resulta acotar el concepto de paz, estudiosos del Instituto de Paz y Conflictos de Granada, propusieron el concepto de paz imperfecta, como en un guiño a la imperfección de la especie humana.

La paz imperfecta aludiría, pues a todas las situaciones de regulación pacífica de los conflictos; más las interrelaciones entre cada una de estas situaciones y sus determinaciones causales. La paz imperfecta se referiría también a todas las experiencias y estancias en la que los conflictos se han regulado pacíficamente, es decir en las que los individuos y/o grupos humanos han optado por facilitar la satisfacción de las necesidades de los otros, sin que ninguna ajena a sus voluntades lo haya impedido.

Si es verdad que la paz imperfecta puede entenderse como un proceso entre la

paz negativa y la paz positiva, es decir entre la ausencia de violencia directa y la preeminencia de la justicia, es sin embargo más que esto. Porque La paz imperfecta sería este concepto que nos ayuda a reconocer las prácticas pacíficas allá donde ocurran, que nos descubre estos hitos como apoyos de una paz mayor, más amplia; que nos ayuda a planificar unos futuros conflictivos siempre incompletos.

Como espacios donde se producen regulaciones pacíficas de los conflictos, sería más adecuado hablar de <<paces imperfectas>>, en el sentido de hacer hincapié en el reconocimiento de las aportaciones de cada entidad humana al respecto y en particular de cada cultura.

Llamaríamos, pues, paz imperfecta a esta <<categoría analítica>> que rompe con las concepciones anteriores en las que la paz aparece como algo perfecto, infalible, utópico, terminado, lejano, no alcanzable en lo inmediato. Alcanzable en el otro mundo, en la gloria, los cielos, con la mediación de los dioses, lejos de los asuntos mundanos, fuera de alcance de los humanos por sí mismos.

Es un enfoque que nos permite también pensar la paz como un proceso, un camino inacabado. Dado que las realidades sociales y ambientales <<evolucionan>> continuamente, de igual modo que las formas conflictivas; La paz no puede ser un objetivo teleológico sino un presupuesto que se reconoce y se construye cotidianamente.

La paz imperfecta pretende en fin, hacernos aceptar lo <<imperfecto>> de nuestra especie que vive continuamente en conflicto entre las diversas posibilidades y opciones individuales y sociales posibles y disponibles que le ofrece su condición biológica-cultural, su historia, su capacidad para imaginar y desear, etc.

Como tal, la paz imperfecta es esta herramienta epistemológico que refuerza el camino de la construcción de una dialéctica superadora del dualismo antagonista entre lo pacífico y lo violento.

A partir del análisis de autores como Jacques Derrida, según el cual el saber científico occidental no es la única forma de saber y de que existen otros saberes, podemos extraer como consecuencia que la manera occidental de expresar la realidad no es la única y de que existen otras formas de expresar la

realidad. En este mismo orden de ideas se puede decir que la manera occidental de expresar esta peculiar realidad que es la paz no es la única y que existen otras maneras de expresar esta particular realidad que es la paz, por lo que desde la Cátedra de la que formo parte, se sugiere la utilización del plural para reflejar esta diversidad. Así que conforme a esto convendría hablar de paces y no de paz.

Una mirada hacia Oriente nos afianza en esta aseveración que acabamos de realizar. Así podemos observar que en esta parte del planeta, existen tantas acepciones del concepto paz como de tradiciones religiosas o filosóficas. Mientras el pacifismo hinduista que brota de la negación a toda clase de violencia, se expresa a través del ahimsa, un concepto que aboga por el absoluto respeto hacia toda forma de vida humana, animal o vegetal; y hace de la paz la tarea de construir una fraternidad universal con todo lo vivo; el Shalom judío del Antiguo Testamento, empleado para designar paz, alude a la noción de totalidad, plenitud o bienestar integral que alcanza todos los ámbitos de la vida humana personal, social y política. Complementariamente, designa el estado del hombre que vive en armonía con la naturaleza, consigo mismo y con Dios.

Esta acepción de la paz tomará más tarde otro rumbo, con el profetismo que proyectará una visión histórica de la paz situándose frente a los que se oponen al proyecto liberador de Dios; en esta línea utópica se enmarca la paz mesiánica; los cielos nuevos y la tierra nueva constituyen la expresión de la necesaria transformación que erradicará los distintos tipos de violencia; será la nueva expresión de la paz.

Con la persona de Jesús la paz se visibiliza en dos clases de signos que han de vivirse en tensión dialéctica: en primer lugar, la actitud de mansedumbre, de no-violencia activa, de superación del ojo por ojo judío, de perdón y amor al enemigo; pero, en segundo lugar, ese mismo amor al enemigo se expresa también en rebeldía frente a la injusticia, en lucha activa contra los distintos tipos de violencia. El pacifismo de Jesús no intenta vencer sino convencer, buscando no la victoria de uno sobre otro, sino la doble victoria: la propia y la del otro. Es un pacifismo que desea romper la lógica interna de la violencia

caracterizada por la destrucción.

Podríamos seguir con este repaso, interesándonos por la tradición budista, jansenista, confucianista, etc. Pero por cuestión de tiempo hemos tenido que limitar nuestros análisis a las dos tradiciones arriba estudiadas. Sea como fuere, podemos concluir que la paz desde las tradiciones orientales constituye la suma de todas las virtudes, de modo que el pacifismo tiene carácter de globalidad, equilibrio y armonía, tanto en el interior de la persona, como en las relaciones sociales, y en la relación del hombre con la naturaleza.

Y ¿Cuáles son las acepciones de la paz que encontramos en las tradiciones africanas? ¿Tiene África un criterio propio sobre el concepto de paz? A pesar de la dificultad de encontrar unos estudios sobre el concepto de paz en las tradiciones africanas, no cabe duda de que existen unas aproximaciones específicamente africanas al concepto. El análisis de unos idiomas africanos por nosotros conocidos desvelan unas acepciones de la paz que abarcan realidades como la buena salud, el bienestar físico y psíquico, la plenitud de la vida, etc. Ahora bien cabe recordar que paralelamente a estas acepciones que podríamos calificar de populares, existe la aproximación del África oficial, la de las elites. Aproximación que no tiene nada de propio sino que se limita a ser una asunción o apropiación del concepto de paz heredado de los romanos y que ya hemos analizado más arriba. ¿Acaso podría hacer de otra forma con una África que resulta ser la de los Estados? Esta falta de criterio propio del África oficial en lo que se refiere al concepto de paz se observa también con relación al concepto de desarrollo.

DESARROLLO: ¿REALIDAD O ESPEJISMO?

La extraña aventura del desarrollo empieza el 20 de enero de 1949 con el discurso del presidente estadounidense Harry Truman, cuando en el punto cuatro de esta alocución sostuvo lo siguiente:

Más de la mitad de la población mundial está viviendo en condiciones próximas a la miseria. Su alimentación es inadecuada,

son víctimas de la desnutrición. Su vida económica es primitiva y miserable. Su pobreza es un hándicap y una amenaza, tanto para ellos como para las regiones más prósperas. Por primera vez en la historia, la humanidad posee el conocimiento y la técnica para aliviar el sufrimiento de esas poblaciones. Estados Unidos ocupa un lugar preeminente entre las naciones en cuanto al desarrollo de las técnicas industriales y científicas. Los recursos materiales que podemos permitirnos utilizar para asistir otros países son limitados. Pero nuestros recursos en conocimiento técnico –que físicamente no pesan nada- no dejan de crecer y son inagotables. Yo creo que debemos poner a la disposición de los pueblos pacíficos los beneficios de nuestra acumulación de conocimiento técnico con el propósito de ayudarles a satisfacer sus aspiraciones a una vida mejor (...). Lo que estoy contemplando es un programa de desarrollo basado en los conceptos de una negociación equitativa y democrática. Todos los países, incluido el nuestro, obtendrán un gran provecho de un programa constructivo que permitirá utilizar mejor los recursos humanos y naturales del planeta (...). Una mayor producción es la clave para la prosperidad y la paz. Y la clave para una mayor producción es una aplicación más extensa y más vigorosa del conocimiento técnico y de la ciencia moderna (reproducido por Rist, 1996: 118 – 120).

De pronto se armó un fantástico revuelo entre estudiosos de distintas tendencias ideológicas pero que tenían algo en común, la asunción sin reparo del concepto de desarrollo tal como lo plasmó Truman. Sus divergencias residían sólo en las maneras de lograr dicho desarrollo. Así fue como Walter Whitman Rostow y su escuela de la modernización, Raúl Prebisch con la escuela del estructuralismo-dependencia, en un primer momento y luego Manfred Max Neef con su teoría de las necesidades básicas, la teoría de los sistemas mundo de Immanuel Wallerstein, y bien entrado los años ochenta la teoría del desarrollo humano sostenible del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) intentaran aportar todas su granito de arena a la

construcción de este gigantesco castillo de naipes. Si a todos éstos no les pareció en ningún momento necesario cuestionar el mismo concepto de desarrollo, fue todavía menos en lo que respecta a las elites africanas, que acogieron con un entusiasmo casi infantil la nueva receta que se les proponía. Nadie quiso ver que era menester parar a pensar sobre esta nueva receta. No se les ocurrió preguntarse por qué era precisamente en este momento y no en otro cuando surgió este concepto. Hoy día, después de más de cuatro décadas de desarrollo, el resultado es desolador. Aquí también, la diferencia entre el África de los Negros “grecolatinos” y el África del pueblo fue patente. Mientras la primera subía alegremente al carro de la modernización asumiendo un concepto que no tenía ningún equivalente en propias lenguas maternas (dicho de paso despreciadas por atrasadas), la otra se dedicaba a inventar unas formulas de supervivencia al margen y a veces en contra de esta economía hecha de muchas cifras y poca realidad. Este mito llamado desarrollo, producto de una creencia occidental, encuentra difícil traducción en las lenguas africanas como lo demuestra Gilbert Rist en su estudio titulado “Le developpement. Histoire d’une croyance occidentale”. En este libro Rist recuerda como para referirse al desarrollo, “Los Bubi de Guinea Ecuatorial usan un término que significa a la vez crecer y morir”; mientras que los “Rwandeses construyen el desarrollo a partir de un verbo que significa andar, desplazarse sin que ninguna dirección particular esté incluida en la noción”. Esto que puede parecer una laguna no tiene, sin embargo para Rist nada de extraño: “indica simplemente que otras sociedades no consideran que su reproducción sea dependiente de una acumulación continua de saberes y de bienes cuyo supuesto papel consiste en hacer el porvenir mejor que el pasado”. Ante tal evidencia, cualquier hubiera pensado que las elites africanas se replantarían su apasionada adhesión a la teoría del desarrollo y que intentarían superar esta retórica neocolonial, como lo sugiere por ejemplo Escobar cuando sostiene que:

Desde su origen, se ha considerado que el <<desarrollo>> tenía una existencia real, exterior, como algo sólido y material. El desarrollo

ha sido utilizado como un verdadero descriptor de la realidad, un lenguaje neutral que podía ser utilizado de forma inocua y con diferentes finalidades en función de la orientación política y epistemológica de quien lo empleará. Ya sea en ciencia política, sociológica, teoría económica o economía política, el desarrollo ha sido debatido pero sin cuestionar su estatus ontológico. Desde la teoría de la modernización a la de la dependencia o de los sistemas mundiales; desde el desarrollo basado en el mercado hasta el desarrollo autocentrado, el desarrollo sostenible o el ecodesarrollo, los calificativos del término se han multiplicado sin que el propio término haya sido señalado radicalmente como problemático (...). No importa que el significado del término haya sido intensamente criticado; lo que permanece incuestionado es la propia idea básica del desarrollo, el desarrollo como principio central organizador de la vida social, y el hecho de que Asia, África y América Latina pueden ser definidas como subdesarrolladas y que sus comunidades necesitan indiscutiblemente el desarrollo –sea cual sea su atuendo o su apariencia (1997: 501-502)

Pues en lugar de eso, lo que estamos observando es un empecinamiento de estos dirigentes en seguir en la misma línea. Empecinamiento que se traduce por el famoso Nuevo Partenariado para el Desarrollo de África (NEPAD en sus siglas ingleses). Este acuerdo que es una fusión de los planes omega del presidente senegalés Abdoulaye Wade y el plan del milenio de los presidentes Thabo Mbeki de Sudáfrica, Olusegun Obasanjo de Nigeria y Abdelaziz Bouteflika de Argelia involucra todos los 52 países africanos miembros de la Unión Africana (UA), sustituta de la antigua Organización para la Unidad Africana (OUA), y fue adoptado en la cumbre de la Organización, en Lusaka (Zambia), el 11 de julio de 2001. Los sectores prioritarios del NEPAD giran en torno a cuatro ejes que son las infraestructuras, la agricultura, la educación y la sanidad. La financiación de estos proyectos correría, según el plan del acuerdo, a cargo de la llamada comunidad internacional es decir el Banco Mundial y las inversiones directas extranjeras. Ahora bien como lo demuestran los informes

de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD por sus siglas inglesas), África es el continente que menos inversiones extranjeras directas recibe. De ahí, nuestra dificultad por entender la apuesta de los dirigentes africanos. Además hoy más que nunca, la mayor parte de las inversiones extranjeras están constituidas por capitales especulativos en busca de ganancias a corto plazo; lo que demuestra la clara insensatez que supone basar el financiamiento de cualquier proyecto duradero en este tipo de inversiones. Otro punto del NEPAD es su marcado carácter neoliberal que supone convertir el continente en un gigantesco escenario donde la única ley que tenga cabida sea la ley del mercado. Pero este todo mercado que preconiza el NEPAD y su genitora la globalización capitalista neoliberal, constituye desde varios puntos de vista una verdadera falacia por no decir una estafa; y eso porque los mismos países occidentales que se dedican a predicar la buena nueva del libre comercio son los primeros en levantar barreras proteccionistas contra los productos de los países del Sur. Las mercancías del Sur más afectadas por este proteccionismo de los países del Norte son los productos textiles, los calzados y los productos manufacturados en general que compiten con la producción del Norte. Un ejemplo en este sentido es la variación en las tarifas aduaneras que sufren algunos productos tropicales sobre la base de su grado de transformación. Así mientras el azúcar bruto (sin refinar) tiene un impuesto de aduana del 2%, el refinado padece de un 20%. Lo mismo ocurre con el chocolate cuya tasa es el doble de la del cacao bruto. Si en 1990, antes de la firma del GATT, el proteccionismo del Norte causaba al Sur una pérdida de 40.000 millones de dólares, en la actualidad, es decir casi diez años después del acuerdo, esta cifra se eleva a 100.000 millones de dólares. Finalmente señalar que en 1986, la aplicación de las llamadas contingencias o cuotas se aplicaban a 99 productos diferentes del Sur (Centro Nuevo Modelo de Desarrollo, 1994: 73, 88-90).

Además la teoría del mercado que se regula solo sobre lo que se fundamenta el actual proceso de globalización capitalista neoliberal es una falacia que una rápida ojeada a la historia nos permite desmontar. Así, en el país descrito por los teóricos de la globalización como impulsor por excelencia del libre mercado

durante el siglo XIX, Gran Bretaña, la experiencia fue bastante corta y sirvió para descubrir cuan falaz era la teoría del mercado libre. En 1834 adopta el libre mercado laboral, basándose en que este se autorregularía, lo que no obstante no ocurrió y obligo el estado a intervenir menos de diez años después para regular el trabajo de los niños y limitar el tiempo de trabajo. El actual campeón del libre mercado, EEUU, tuvo que intervenir en 1913 para regular su mercado financiero creando la Reserva Federal, que precedería el nacimiento de los Bancos Centrales en todos los países occidentales, justamente con el mismo fin. Sin embargo esta mala experiencia sirvió a Gran Bretaña para poner un freno al libre mercado sólo en el interior de su territorio nacional, porque en lo toca a sus relaciones con otros países y sobre todo con los países que eran entonces sus colonias siguió defendiendo esta política. Y así sucedió que mientras imponía a la India y a China a golpe de cañonazos la liberalización de su sector textil, en el del primero y de su mercado de especias, en el del segundo, le negaba a la India la libertad de comercio porque su producción textil era susceptible de hacer competencia a la de la metrópolis. Estados Unidos por su parte se negaba rotundamente a emprender el camino del libre comercio, negándose a aceptar las teorías de grandes economistas de aquella época como Adam Smith y Jean-Baptiste Say, que consideraban que EEUU deberían especializarse en la agricultura y dejar de proteger sus industrias manufactureras. Se estima que entre la década de 1830 y el fin de la segunda Guerra Mundial, los derechos aduaneros estadounidenses figuraban entre los más altos del mundo. Si se añade el hecho de que ese país ya gozaba de una protección “natural” por el costo que tenía el transporte hasta la década de 1870, se puede afirmar que las industria estadounidense fue literalmente la más protegida del mundo hasta 1945. Sin embargo algunos podrían objetar que aquellos eran otros tiempos y que hoy estamos viviendo en otros y que de ahí la realidad no puede ser la misma. Nada más lejos, no obstante, de la verdad. Y para ilustrar esta aseveración, basta con recurrir a la política comercial de los países occidentales y entre ellos, el del líder de todo este tinglado que son los Estados Unidos. La doble agenda que utiliza un supuesto defensor del libre comercio como George W. Bush, se hizo patente hace unos

años cuando decidió crear un cartel de acero para defender la industria siderúrgica estadounidense contra la competencia de los países europeos. Y todo eso sin mencionar las subvenciones a la industria y la agricultura que se sigue dando en los países occidentales. Cómo se puede observar, el desarrollo tal como se ha venido planteando hasta ahora, está lejos de constituir una vía hacia la paz. Pero este cuadro que acabamos de pintar se ensombrece todavía más si situamos nuestro análisis en el actual proceso de globalización neoliberal. En el marco de este proceso, el desarrollo no sólo no constituye una vía hacia la paz, sino que se convierte en la principal causa de los conflictos violentos. Consideraciones como las de Thomas Friedman, consejero de la ex secretaria de estado, Madeleine Albright, son, al respecto, más que elocuentes. Citamos:

Para que la mundialización funcione, los Estados Unidos no deben tener miedo de actuar como la superpotencia invencible que es en realidad. La mano invisible del mercado no funcionará jamás sin un puño invisible. McDonald's no puede extenderse sin McDonnell Douglas, el fabricante del F-15. El puño invisible que garantiza la seguridad mundial de las tecnologías de la Silicon Valley, se llama el ejército, la fuerza aérea, la fuerza naval y el cuerpo de marines de los Estados Unidos.

Lograr apartar esta anunciada plaga de la humanidad y de África en particular reside en la capacidad de organización de la que deberán hacer muestra las sociedades de ahora en adelante, y de ahí de los sistemas políticos que decidan dotarse.

EL FENÓMENO ESTATAL EN ÁFRICA

El estado es un sistema político de reciente implantación en África (aproximadamente medio siglo de existencia). Dado las vicisitudes vividas desde su implantación en África, cabe preguntarse si como sistema político el

Estado es una formula susceptible de contribuir a la pacificación de las sociedades africanas. Intentar responder a esta pregunta, pasa a nuestro juicio primero por acercarnos a la noción de sistema político. Un sistema político según Roger-Gérard Schwartzberg, “se define como el conjunto de las interacciones políticas constatadas en un sistema social dado”; en este sentido, el sistema político “se encuentra envuelto en un conjunto social con el cual entretiene relaciones complejas”. El sistema político aparece entonces como un conjunto de relaciones políticas. Pero este sistema no está aislado de los otros sistemas sociales; de ahí que es un sistema abierto, que entretiene intercambios con su entorno, es decir con los otros sistemas sociales. Este entorno es a la vez físico, biológico, social y psicológico. Por lo que el sistema político no es nada más que una parte permeable de todo un conjunto social. Esta definición deja entrever la posible existencia de varios sistemas políticos y eso en contra de la tendencia del pensamiento único a proclamar la validez de un solo sistema político; y también a pesar de la coyuntura mundial actual que parece hacer impensable otro sistema político que no sea el Estado. Parecidos planteamientos pecan, por una parte, de falta de memoria histórica al presentar el Estado como un sistema ahistórico; y por otra parte de falta de modestia al presentar el Estado como el mejor de los sistemas políticos posibles. Porque el Estado nace en un tiempo y un espacio determinado, es decir en 1648 del Tratado de Westfalia, en Alemania (Europa). Inventado como formula para poner fin a la guerra de los treinta años, el Estado es un hijo de la guerra que nace sobre los escombros de la sociedad feudal. El logro de este sistema político bajo la influencia de la revolución francesa consistirá en transformar la política en una continuación de la guerra por otros medios. Con dicha revolución, aparece el concepto de nación, con la consiguiente fusión de los dos conceptos en uno dando como resultado el concepto de Estado-nación; y dejando entrever la existencia de una coincidencia entre Estado y Nación. Coincidencia forjada a golpe coacciones y conquistas como lo demuestra por ejemplo la historia de Francia donde fueron aniquiladas las culturas minoritarias como el bretón y el criollo sin olvidar el vasco. De ahí la interpretación que hace la doctrina marxista del Estado como un aparato de opresión de la clase

dominante, sin importar si ésta es la burguesía o el proletariado. Desde la perspectiva feminista, el Estado aparece como una noción fundamentalmente masculina. Sus relaciones con el pueblo (la nación) serían parecidas a las del hombre con la mujer, del pater familias con su familia.

En el contexto africano, el Estado no es el producto de la evolución histórica de la sociedad, sino algo impuesto por la colonización. Esta imposición se hizo llevando por delante los antiguos sistemas políticos que existían en este continente. Éstos sistemas políticos van de la familia al clan, jefatura, reino e imperio. La historia nos recuerda la existencia, con anterioridad a Europa, de sistemas políticos en África como el caso de Egipto, de Nubia, o de Abisinia. Y contrariamente a ideas comúnmente admitidos, África experimentó tanto sistemas políticos centralizados como sistemas políticos desprovistos de cualquier poder central. Algunos ejemplos de sistemas políticos centralizados se extienden sobre la época que va del siglo XII al siglo XVI de esta era, cuando África contaba con gran número de imperios, como el de Ghana, de Malí, Songhay, de Kanem-Borno, de Dahomey, del Congo, Luba, Changamire, Monomotapa, etc. En cuanto a los otros sistemas arriba mencionados, y que podemos reagrupar bajo la denominación de anarquías, representan una forma sutil de equilibrio organizacional donde cada uno se reconoce igual al otro y no admite otra ley que la observación de la costumbre ancestral. No hay jefe. La propiedad privada no existe. Es la forma la más elaborada del comunismo al estado puro. Esta clase de sistema político se encuentra en grupos como los Ibos de Nigeria, los Fang en Gabón, los Dogon en Malí, etc. El Estado africano creado sobre mapas en la Conferencia de Berlín de 1884-1885, nace del desmembramiento de estos sistemas políticos y de la inclusión en el mismo territorio de grupos étnicos con antiguos antagonismos. Lo que convierte este nuevo ente en un sistema desprovisto de cohesión y presa de múltiples tensiones. En estos protoestados vaciados de todo contenido, la soberanía y la independencia nacionales fueron reducidos a una bandera, un himno y una representación en las Naciones Unidas. Y cuando la burguesía local con la que la antigua metrópolis había negociado la independencia empezaba, en algunos casos, a dar muestras de nacionalismo, queriendo dar un sentido a la palabra

independencia, la antigua potencia colonizador no dudaba en acosarles, desbancarles e incluso matarles si así lo requería la preservación de sus intereses. En su sitio ponían unos lacayos dispuestos más que nunca a defender los intereses de sus mentores, convirtiendo así la mayoría de los Estados africanos en verdaderas Colonias de Duración Indeterminada (CDI). Hoy día, en el marco de la globalización, se habla de los países africanos en términos de Estados desestructurados, colapsados; y retratados como polvorines a punto de estallar y suponiendo por ende una amenaza para la seguridad internacional; lo que hace necesario su control. En este proceso pudimos ver como al finalizar la guerra de Irak, el señor Bush y su administración decidieron mandar uno de los portaviones que había participado en esta guerra a vigilar las costas del África occidental, el llamado golfo de guinea, una zona del mundo donde los EE.UU nunca han sufrido un ataque, pero que tiene la particularidad de concentrar la mayor parte de los países africanos productores de petróleo. Poco después, en el mes de julio de 2003, un golpe de estado que duró sólo 48 horas tenía lugar en la Isla de Sao Tome y Príncipe. Coincidencias de la vida, el día del golpe de estado, el embajador de EE.UU. para la Isla con residencia en Libreville (Gabón) se encontraba en la Isla. Cuando se sabe que hace bastante tiempo que Estados Unidos intenta construir una base militar en la Isla que le permitiese controlar la zona, sin demasiado éxito por el momento, se puede fácilmente entender lo que se intentó llevar a cabo aquel mes de julio de 2003. Pero volvemos a la anatomía de este Estado africano calificado de débil, desestructurado, colapsado, etc. para ver de que se trata en realidad. El Estado africano ahogado y abortado desde el principio de su existencia por los propios colonizadores que lo habían supuestamente creado, fue convertido desde entonces en un capataz cuyo papel consistía en vigilar los intereses de la antigua metrópolis. Esta característica del estado africano se refuerza hoy día con la globalización capitalista neoliberal cuyos valedores como Milton Friedman defienden la idea de que “la seguridad interna y externa son dos de las pocas prestaciones que debe desempeñar el Estado”. En esta dinámica se insertan discursos y practicas del ministerio de la cooperación francesa que en una carta de mayo

de 1995 sostenía que el “incremento de la criminalidad y de la agitación social en muchos países justifica el aumento del apoyo del ministerio de la cooperación a las fuerzas de policía y gendarmería”. El resultado de esta política acaba siendo un mutante dotado de un aparato represivo desmesurado y de un aparato social raquítrico. Un ejemplo para ilustrar esto es el caso de Togo. Según datos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Togo tiene 8 médicos por 100.000 habitantes. Ahora bien este país que cuenta con unos 5000.000 habitantes tiene un ejército de 13.000 personas; lo que da un resultado de 260 militares por cada 100.000 habitantes. Si a este número añadimos él de los cuerpos paramilitares, como la policía y la gendarmería, podemos concluir que cada ciudadano togolés puede presumir de tener un “militar de cabecera”.

Esta descripción del Estado africano muestra cuan difícil puede este sistema político ser factor de paz; y eso porque el Estado africano abusivamente calificado de postcolonial no fue diseñado para tal propósito sino más bien para mantener a ralla unas poblaciones concebidas como demasiadas revoltosas.

Ante los análisis hechos hasta ahora, cuales son las vías que quedan al continente africano para lograr la paz.

DESVINCULAR PAZ Y DESARROLLO

En el marco del universalismo, la paz y el desarrollo tienen los mismos significados en todas partes y en todos los tiempos.

Ahora bien, la paz tiene significados distintos para cada época y cada área cultural. En cada zona cultural paz significa algo distinto en el centro y en la periferia. En el centro, se trata de “mantener la paz”; en la periferia, la gente espera “vivir en paz”. En las décadas que se dieron por llamar “del desarrollo”, se perdió el significado de lo que es paz para el pueblo. Bajo el disfraz del “desarrollo” se ha librado una guerra mundial contra la paz de la gente.

Cada ethnos - pueblo, comunidad, cultura – ha sido reflejado, expresado simbólicamente y reforzado en su propio ethos – mito, ley, diosa, ideal – de lo

que es la paz. La paz es tan vernácula como el habla.

Así el shalom judío que anuncia el ángel y que significa la bendición de la justicia que el único y verdadero Dios envía sobre las doce tribus de pastores recientemente asentados; no tiene nada que ver con la paz romana que impone su ley y su orden aunque ambas existan en el mismo momento y lugar. Lo que hoy se conoce como investigación sobre la paz utiliza la paz como un tema purgado de sus propios componentes históricos y culturales. Paradójicamente, la paz llegó a convertirse en tema académico cuando quedó reducida a un equilibrio entre poderes económicos soberanos que actúan bajo el supuesto de la escasez. En esta forma, su estudio quedó restringido a la investigación de la tregua menos violenta entre competidores atrapados en un juego de suma cero.

El supuesto de la escasez es fundamental en la economía, y la economía formal es el estudio de valores bajo este supuesto. Bajo el creciente supuesto de la escasez, la paz adquirió un nuevo significado sin precedentes en Europa. Paz llegó a significar pax económica, que es el equilibrio entre dos potencias formalmente “económicas”.

Desde la creación de Naciones Unidas, se ha vinculado progresivamente la paz con el desarrollo. Y la búsqueda de la paz mediante el desarrollo se convirtió en un axioma capaz de cubrirlo todo e imposible de examinar. Quien se opusiera al desarrollo económico, podía ser denunciado como enemigo de la paz.

Así, Gandhi quedó en el papel de necio, romántico o psicópata. Y lo que es peor, sus enseñanzas fueron pervertidas en las llamadas estrategias no violentas de desarrollo. Khadi fue redefinido como mercancía y la no violencia como un arma económica.

El supuesto del economista de que los valores no merecen ser protegidos a menos que sean escasos, ha convertido la pax económica en una amenaza a la paz popular.

El vínculo de la paz con el desarrollo ha hecho difícil desafiar este último. Tal desafío debe ser la tarea principal de la investigación para la paz. Exhibir la violencia en contra de la subsistencia que está implícita en todo desarrollo y

que se esconde bajo el velo de la pax económica parece ser una de las principales tareas de la investigación radical para la paz; porque desarrollo significa inevitablemente la imposición de la pax económica a costa de cualquier forma de paz popular. Y en reemplazo de la paz del pueblo por una falsificación fabricada, la pax económica, que es una de las exportaciones de Europa.

El auge del Estado nación trajo consigo un nuevo tipo de paz y un nuevo tipo de violencia.

La nueva paz está cortada a la medida del homo economicus, del hombre universal, hecho por naturaleza para vivir del consumo de mercancías producidas por otros en otras partes.

Mientras que pax populi había protegido la autonomía vernácula, el entorno en el que podía florecer y la variedad de esquemas para su reproducción, la nueva pax económica protegía la producción.

Primero, pax económica abarca el supuesto de que la gente se ha vuelto incapaz de proveerse así misma. Habilita a la nueva elite para hacer que la supervivencia de todo el pueblo dependa de su acceso a la educación, la atención a la salud, la protección policíaca, los departamentos y los supermercados. En formas antes desconocidas, exalta al productor y degrada al consumidor. Pax económica denomina a los subsistentes “improductivos”, a los autónomos “asociales”, a lo tradicional “subdesarrollo”. Esgrime una violencia en contra de toda costumbre local que no cabe en un juego de suma cero.

Segundo, pax económica promueve la violencia en contra del entorno. La nueva paz garantiza la impunidad – el entorno se puede utilizar como recurso a explotar para la producción de mercancías reservando un espacio para su circulación.

Tercero, la nueva paz promueve un nuevo tipo de guerra entre los sexos. La transición de la batalla tradicional por el dominio de esta nueva guerra total entre hombres y mujeres es quizás el efecto colateral del desarrollo económico que ha sido menos analizado. Esta guerra es también un resultado necesario del llamado desarrollo de las fuerzas productivas, un proceso que implica un

monopolio cada vez más completo del trabajo asalariado sobre todas las demás formas de trabajo. Y esto también es una agresión. El monopolio del trabajo asalariado implica una agresión en contra de un rasgo común a todas las sociedades orientadas hacia la subsistencia.

El trabajo industrial, el trabajo productivo, son concebidas como neutrales. Se les define como trabajos privados de género. Pero aunque el trabajo sea concebido como carente de género, el acceso a esta actividad está radicalmente sesgado. Los hombres tienen acceso primario a las tareas pagadas que son consideradas deseables y a las mujeres se les asignan las demás.

Como consecuencia de esta neutralización del trabajo, el desarrollo promueve inevitablemente un nuevo tipo de guerra entre los sexos, una competencia entre partes teóricamente iguales, la mitad de las cuales está inhabilitada por su sexo.

REPLANTEARSE EL FENÓMENO ESTATAL COMO FORMA DE ORGANIZACIÓN POLÍTICA

Las sociedades africanas más que cualquiera tienen que replantearse seriamente el fenómeno estatal como forma de organización política y empezar a buscar nuevos sistemas políticos por encima o por debajo del Estado-nación. Porque como ya lo hemos podido ver más arriba, el Estado en África no fue nada más que una prolongación de la colonia. La única diferencia consistió esta vez en el hecho de que las poblaciones que habitan estos nuevos estados han tenido que sufrir una doble colonización interna y externa. Carcomido por una corrupción endémica fruto de una gestión patrimonial de los asuntos públicos, el estado africano tiene una estructura muy desigual e injusta para no mencionar su extrema violencia que produce inevitablemente tensiones y conflictos que instrumentalizan unos y otros con tal de mantener y salvaguardar sus intereses. Por estas razones y otras más los Africanos tienen que empezar a buscar nuevas formas de organización política basadas en la justicia social, igualdad y el respeto tanto a la diversidad como a la cosa pública.

EDUCAR A LOS DIRIGENTES Y AL PUEBLO EN VALORES AFRICANOS

Un trabajo previo aquí consistiría en rescatar valores africanos que se están perdiendo a pasos agigantados como la solidaridad, la sobriedad, el sentido del grupo o de la comunidad, como forma de luchar contra la cultura de la codicia que se está instalando en África alentado por la cultura del individualismo y la filosofía materialista del “enriqueceos”. Porque, como Gandhi dijo, es más que probable que <<la tierra proporcione lo suficiente para satisfacer las necesidades de cada hombre pero no la codicia de cada hombre>>.

El fomento y la expansión de las necesidades es la antítesis de la sabiduría. Es también la antítesis de la libertad y de la paz.

Solo reduciendo las necesidades puede uno lograr una reducción genuina de las tensiones que son la causa última de la contienda y de la guerra.

Por eso, es doblemente quimérico el construir la paz sobre fundamentos económicos que, al mismo tiempo, descansan sobre el fomento sistemático de la codicia y la envidia, fuerzas que verdaderamente sumergen al hombre en un estado de conflicto.

BIBLIOGRAFIA

ARANGUREN GONZALO, L.A. (1997): “Pacifismo”, Diccionario de pensamiento contemporáneo, Madrid, San Pablo

BOSE, Nirmal Kumar (1980): “Gandhi: humanista y socialista” en Eric FROM, *Humanismo socialista*, Barcelona, Paidós

Centro Nuevo Modelo de Desarrollo (1994): Norte-Sur. *La fábrica de la pobreza*, Editorial Popular, Madrid

CNUCED (2001): *Le développement économique en Afrique: bilan, perspectives et choix des politiques économiques*, Nations Unies, New York et Geneve

ESCOBAR, Arturo (1997): "Anthropology and Development", *International Social Science Journal*

ESTEVA, Gustavo (1999): "Cultura y desarrollo: el punto de vista de la antropología", en VIOLA, Andreu, *Antropología del desarrollo*, Paidós, Barcelona

FRIEDMAN, Milton (2002): "La quiebra de Enron fue culpa del Estado", en *Capital* nº 24, septiembre

GALTUNG, Johan (1993): <<Los fundamentos de los estudios sobre la paz>>, en RUBIO, A. (ed), *Presupuestos teóricos y éticos sobre la paz*, Granada, Universidad de Granada

GICQUEL, Jean (1995): *Droit Constitutionnel et Institutions politiques*, Paris, Montchrestien

HOSELITZ, Bert F. (1952): "Non-Economic Barriers to Economic Development", *Economic Development and Cultural Change*.

ILLICH, Ivan (1988): <<Desvincular paz y desarrollo>>, en *Alternativas II*, México, Joaquín Moritz/Planeta

LECLERCQ, Claude (1995): *Droit Constitutionnel et Institutions politiques*, Paris, Litec

MARTÍNEZ GUZMÁN, Vicent (2001): *Filosofía para hacer las paces*, Barcelona, Icaria

MAX-NEEF, Manfred A., ELIZALDE, Antonio, HOPPENHAYN, Martin (1998): <<Desarrollo y necesidades humanas>>, en MAX-NEEF, Manfred, *Desarrollo a escala humana. Conceptos, Aplicaciones y algunas reflexiones*, Barcelona, Icaria

MUÑOZ, Francisco A.(2001): "La paz imperfecta en un mundo en conflicto", en F.A. MUÑOZ (ed) *La paz imperfecta*, Granada

MUÑOZ, Francisco A. y RODRÍGUEZ ALCÁZAR, F. Javier (2000): <<Una agenda de la investigación para la paz>>, en RODRÍGUEZ ALCÁZAR, F. Javier (ed) *Cultivar la paz: perspectivas desde la Universidad de Granada*, Granada



universitat
internacional
de la pau

DIOKGBENE BOMBOMA

RIST, Gilbert (1996): *Le Developpement. Histoire d'une croyance occidentale*, Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

SHIVA, Vandana (1991): *Abrazar la vida. Mujer, ecología y supervivencia*, Montevideo, Instituto del Tercer Mundo-ITeM SRL

SCHUMACHER, E.F. (1983): *Lo pequeño es hermoso*, Barcelona, Orbis

TUCKER, Vicent (1999): "The Myth of Development: A Critic of a Eurocentric Discourse", in Munk, R. And O'Hearn D. (ed): *Critical Development Theory*. London; Zed Books

VIOLA, Andreu (1999): *Antropología del desarrollo*, Barcelona, Paidós.